

¿A DONDE VA LA

IGLESIA?

Primero:

No dramatizar

RENZO RICCIARDI

ces más importantes, más sobrenaturales: la administración de sacramentos, la cura de almas, la parroquia. Es indispensable buscar cauce a esta necesidad de integración de la planificación educativa dentro de la pastoral de conjunto de la Iglesia. Creo que el ideal teórico es indiscutible. A esta asamblea y a otras como ésta les toca la sugerencia de soluciones prácticas. Se han ensayado en otras latitudes soluciones distintas: es muy probable que no haya fórmulas únicas; hay que buscar las soluciones propias sobre las realidades que vivimos, con la persuasión de que la institución educativa cristiana es un elemento con función propia dentro de la comunidad cristiana total que es la Iglesia.

Hasta aquí hemos hecho unas reflexiones sobre algunos aspectos que constituyen la idea de la "comunidad educativa cristiana" a la luz de las enseñanzas del Vaticano II principalmente. Han sido unas reflexiones sobre lo que "debe ser" la escuela cristiana de hoy. Antes de que los demás ponentes y el trabajo de las mesas redondas se enfrente con los problemas de la realidad "tal como es" y de los caminos para acercarnos al "ideal", quisiera hacer otra reflexión previa a las conclusiones prácticas que esta Asamblea decida.

Sentido de continuidad: Proceso

Esta reflexión final consiste en indicar que toda mejora sería se consigue mediante un proceso, una relación de continuidad. En historia, como en psicología, no existe el vacío.

Las concatenaciones, las secuencias históricas como las asociaciones psicológicas, no siempre son por afinidad o por cercanía; también pueden ser por oposición o reacción —asociación de contrarios—, pero siempre cada eslabón de la cadena se traba con el anterior y con el siguiente.

Para que la escuela católica de hoy sea lo que debe ser en el aspecto comunitario de socialización hay que partir con un gran criterio de la realidad nuestra presente, con los datos reales del problema: sólo así las soluciones serán válidas y duraderas, y la realidad del pasado está cargada con un exceso de importancia a los valores individualistas, con un cierto aislacionismo unas veces pretendido y otras impuesto por las circunstancias y con un miedo ingérito a la responsabilidad compartida.

Pero al mismo tiempo es indispensable una idea no menos clara de lo que queremos conseguir. Este proceso no es fácil; pero nos hemos reunido aquí precisamente para acelerar ese proceso; para

que las soluciones no lleguen demasiado tarde.

Este proceso de "socialización" o tal vez mejor dicho de desarrollo del espíritu comunitario en las instituciones educativas, es necesario que se verifique al mismo tiempo que se lleva a cabo el proceso de la educación del joven que es esencialmente también un proceso de socialización. El niño que llega del hogar a los jardines del pre-escolar enfrenta el primer choque de su egoísmo individualista infantil de un radicalismo casi biológico con un grupo social que por sus mismas características constituye su primera barrera de "socialización". Más adelante aparecerán los primeros grupos de amigos y la necesidad de ser aceptado como tal obliga al muchacho a una "sociabilización" más consciente (14).

Cuando en la juventud hacen crisis los valores aprendidos, los ejemplos vistos y los ideales soñados; cuando "ya no se quiera ser niño, pero se rechaza todavía el ser adulto", es necesario que la nueva síntesis vital nazca con el signo de la solidaridad, de la pertenencia a una comunidad, del servicio.

Estos dos procesos del mismo signo —de la individualidad a la socialización— se entrelazan el uno con el otro. Por una parte, la Escuela Católica tiene que ir descubriendo esta nueva dimensión —o tal vez sería más justo decir redescubriendo esta vieja dimensión cristiana—, y por otra el joven que se forma y que crece al calor de la Iglesia tiene que ir desarrollando su capacidad inagotable de ideal y de servicio.

Conclusión

Estas reflexiones sobre el concepto de Comunidad Escolar a la luz del Concilio Vaticano II pueden parecer muy teóricas. Han sido premeditadamente teóricas. Los problemas, aplicaciones y soluciones prácticas son la materia de las próximas ponencias y de las aportaciones de ustedes en las mesas redondas.

Aquí quedan algunos rasgos de este "marco teórico" dentro del cual debemos desarrollar nuestras iniciativas con urgencia y valentía llevados siempre de esa cualidad que el decreto sobre la educación exige eminentemente a los educadores: "Una constante facilidad para renovarse y adaptarse." (15) Que sea éste el signo que dirija nuestras actividades de estos días. Una facilidad constante para renovarse y adaptarse.

(14) J. L. Moreno, *Fundamentos de la Sociometría*, p. 146.

(15) *Gravissimum Educationis Momentum*, Nº 5.

¿Qué pasa en la Iglesia de Cristo? Por dondequiera volvemos la mirada observamos tensiones, discusiones, protestas, tal vez rebeldías. La llamada crisis de la Iglesia postconciliar entra en el cuadro más amplio de la crisis que sacude el mundo. La Iglesia, que está en el mundo y participa de las "alegrías y esperanzas, sufrimientos y angustias de los hombres de hoy", vive en un estado de profundo malestar. El pueblo de Dios, que al anuncio del Concilio y durante su celebración parecía vivir como la primera Iglesia de Jerusalén, "con una sola fe y un solo corazón", está dolorosamente dividida.

Hay quien afirma que hasta en el seno del Magisterio episcopal se notan grietas preocupantes, y cita el caso de la *Humanae Vitae*, la encíclica que ha desencadenado un oleaje tempestuoso de críticas y de protestas, no sólo entre los laicos, sino también en algunos sectores clericales. ¿Cuál ha sido la actitud de los obispos? Primero, la Conferencia episcopal italiana, la más próxima a la Santa Sede; luego, las de Alemania, Bélgica, Gran Bretaña y Holanda; en fin, la francesa y la norteamericana, han re-

machado el deber de obediencia y acatamiento a toda enseñanza papal; pero, al mismo tiempo, y con una sorprendente unanimidad, recordaron a los fieles el valor no dogmático de las encíclicas pontificias y, como si tal cosa, dejaron a la conciencia de los esposos la libre decisión sobre el control de la natalidad, sin privar de los sacramentos a los que usaren medios desaprobados por la encíclica.

¿Está la Iglesia al borde de una escisión, un desgarramiento, un cisma que va a dividir una vez más el manto sin costura de Cristo? En la carta de un lector furibundo, dirigida a una revista católica italiana, he leído una frase que me ha hecho gracia. Hela aquí, y que nadie se escandalice: "Pío XII hizo apurar a la Iglesia los primeros tragos; Juan XXIII la emborrachó y ahora, bajo Paulo VI, va dando tumbos..."

Quizá pareceré irreverente, pero confieso que a mí el símil de la borrachera no me desagrada: me hace pensar en la Pentecostés. ¿Quién no recuerda el relato del capítulo segundo de los Hechos y la sorpresa que se llevaron los judíos: "Todos, atónitos y fuera de sí, se decían unos a otros: '¿Qué es esto?' Otros, burlándose, decían: 'Están llenos de mosto'."

¿Están justificadas estas preocupaciones, este miedo, esta ansiedad de los fieles cristianos? Yo creo francamente que no. Siempre el Espíritu Santo ha guiado a la Iglesia de Cristo tras bastidores; pero, en estos últimos tiempos, tengo la impresión de que la Tercera Persona está trabajando al descubierto.

Es muy humano asustarse cuando el mar está bravío y las olas parece que van a zozobrar el barco del Pescador, y entretanto el Maestro duerme (o se hace el dormido); pero, apenas le sacuden, ¿cuál es su reacción: "Por qué teméis, hombres de poca fe?" La amonestación de Cristo sirve para todos los tiempos.

* * *

Como vamos a demostrar, la oposición solapada de los obispos al documento papal no existe. La amplitud de las directrices episcopales no contrasta con la sustancia de la encíclica y, además, es una aplicación de los nuevos criterios pastorales introducidos por el Vaticano II y que la mayoría de los laicos y una parte del clero no entendieron o han olvidado. El Papa, como supremo Maestro en la Iglesia, enuncia y define los principios generales en materia de fe y de moral; los obispos, asociados colegialmente a él en el magisterio (Conferencias Episcopales), cuidan preferentemente la aplicación de estos principios

y resuelven con celo pastoral, a nivel de sus jurisdicciones, los problemas que presenta, en la práctica, la aplicación de aquellos principios.

En el caso específico de la *Humanae Vitae*, el Papa había previsto las dificultades que la mayoría de los matrimonios cristianos experimentaría al declarar ilícitos ciertos medios de regulación de la natalidad: "La doctrina de la Iglesia... aparecerá fácilmente a los ojos de muchos difícil e incluso hasta imposible en la práctica." (n. 20) Y que la encíclica no era de suyo infalible (*ex cathedra*) lo había hecho explicar por Mons. Lambruschini, su portavoz oficial, en el acto de entregar el documento a la prensa mundial.

Con su valiente e impopular encíclica el Papa ha reivindicado el carácter sagrado del amor y ha insurgido contra la conjura de los tecnócratas, que quieren extender a la familia su voluntad universal de planificación, y de los libertarios, que ven en la libertad sexual una de las formas principales de contestación. Se trata de un enfrentamiento fundamental: o se acepta que la sexualidad se degrade a un simple producto de la sociedad de consumos, o se piensa que el amor humano es algo que va más allá del hombre, uno de los puntos de inserción de lo sagrado en la existencia humana; es decir, un sacramento.

Por muchos modernos toda moral objetiva es presentada como una represión y una alienación, mientras es todo lo contrario: la condición de una verdadera libertad. Son los hombres verdaderamente libres, libres de cautividades y condicionamientos, los que acuerdan su comportamiento a su vocación. El Papa sabía que la reafirmación del precepto suscitaba vehementes reacciones: le habría sido muy fácil ganar popularidad haciendo amplias concesiones a las costumbres que tienden a establecerse; pero una Iglesia degradada en su moral sería tan despreciable como una Iglesia vaciada de sus dogmas: de allí el furor de los que, bajo el pretexto de reconciliar la Iglesia con el mundo, tienden a desacralizar la Iglesia para volverla mundana.

Como Maestro en la Iglesia, Paulo VI dio un precepto interpretativo de la ley natural que vincula la conciencia. Pero la Iglesia es también Madre y, por consiguiente, en las pautas trazadas por el Pontífice, las Conferencias Episcopales no podían eludir la obligación de calmar las ansiedades de su grey, de la cual conocen las dificultades y los problemas. No cabe duda que la relación sexual voluntariamente estéril constituye un acto ilícito; sin embargo, no debe desanimarse a los interesados que, por su flaqueza u otros motivos, no logren observar la continencia periódica. No deben alejarse

de la Iglesia ni prescindir de la oración no del subsidio de los sacramentos, que podrán llevar fuerza a su flaqueza e impedir peores desvaríos.

El Papa evitó calificar la gravedad del pecado, que habría acentuado el sentido de culpabilidad que en ciertas personas puede llevar a excesos morbosos; al contrario, el recurso frecuente a la vida sacramental, médico y medicina a la vez, resulta una medida psíquica y espiritualmente saludable. Con este objeto la encíclica aconseja a los esposos: "Invocuen con oración perseverante la ayuda divina, acudan sobre todo a la fuente de la gracia y de la caridad en la Eucaristía. Y si el pecado los sorprendiese todavía, no se desanimen, sino que recurran con humilde perseverancia a la misericordia de Dios en el sacramento de la penitencia." (n. 25) E instó a los sacerdotes a usar "la paciencia y la bondad de que el mismo Señor dio el ejemplo en su trato con los hombres. Venido no para juzgar, sino para salvar, Él fue ciertamente intransigente con el mal, pero misericordioso con las personas." (n. 29)

Las Conferencias Episcopales han desarrollado y explicitado estos principios con mayor o menor amplitud, aplicándolos a situaciones prácticas. ¿Dónde está, pues, el contraste entre la enseñanza del Papa y la interpretación de los Pastores?

Hubo, por supuesto, muchos comentarios; el más acertado me parece el de un ginecólogo francés, el Dr. Jean Mallia, de Bayonne, quien sostiene que el Papa habló "para parejas normales; pero, en 1968, creo que son la ínfima minoría. Lo veo en mi clientela." (*Inf. Cat. Int.*, n. 323.) Estas son las desdichadas consecuencias de una civilización que nos está pervirtiendo poco a poco a través de la moda, la propaganda, la prensa, el cine, la televisión. El placer sexual viene exageradamente exaltado por un interesado mercantilismo que está fomentando peligrosamente el desarrollo de la neurosis. ¿Cómo evitar las tentaciones cuando éstas nos acechan y acosan por todas partes? El marido y la mujer reciben continuamente, en la calle, en la oficina y en el mismo hogar, sugerencias y tentaciones muy difíciles de resistir. La obsesión sexual es un problema característico de nuestra época. ¿Hasta qué punto los matrimonios, menos una minoría de élite, pueden controlar y dominar sus instintos normales en una sociedad que se ha vuelto anormal?

El Papa advirtió esta dificultad, a la que dedicó el n. 22 de su documento; pero no será cosa fácil ni rápida crear "un clima favorable a la castidad", sobre todo en los medios de comunicación social. La observancia de la ley moral pue-

de suscitar problemas, tal vez graves, en muchas familias, pues la continencia periódica debe ser un compromiso de la pareja y no una decisión unilateral; el esposo o la esposa que se niega a satisfacer las exigencias del cónyuge corre el riesgo de hacerle caer en una de estas dos tentaciones: o buscar satisfacción fuera del matrimonio o pedir la separación, tal vez el divorcio, con las consecuencias personales, familiares y sociales que se imaginan. Esto determina tal vez un estado de necesidad que los Pastores no podían pasar por alto. "Una encíclica no puede considerar todos los problemas pastorales en detalle; pero la Iglesia se preocupa por aquellos hijos suyos que están particularmente en dificultad", dicen en su declaración colectiva los Pastores de Gran Bretaña.

El contraste entre la enseñanza del Papa y la actitud pastoral de las Conferencias Episcopales es puro cuento. Existen, eso sí, opiniones contrarias, pero individuales, de unos pocos clérigos y, por supuesto, la irritación de muchos matrimonios que esperaban un "permiso para pecar", que lógicamente el Papa no podía otorgarles. ¿Para qué "sensacionalizar" una situación tensa, pero no peligrosa, que el alarmismo puede agudizar y envenenar?

* * *

La paz y la unidad de la Iglesia no están amenazadas por la existencia de diferentes corrientes de pensamiento, con tal que se observe la consideración debida al Magisterio y cada uno respete la conciencia del otro con espíritu de caridad.

La Iglesia languidecía en su obediencia rutinaria, que había aletargado a las conciencias; las tensiones y discusiones son una señal de vitalidad, una prueba de que los durmientes se han despertado. ¿Para qué dramatizar? ¿No nos hemos contagiado con el sensacionalismo de la prensa amarilla? ¿No nos estamos sumando a los que el Papa Juan llamaba "profetas de la desgracia, que siempre están augurando desastres, como si el fin del mundo estuviese cercano"? (Discurso inaugural del Concilio, 11-10-62). Y añadía: "En el presente momento histórico la Providencia nos está conduciendo a un nuevo orden en el terreno de las relaciones humanas, las cuales, por los mismos esfuerzos de los hombres y más allá de sus propias esperanzas, se dirigen hacia el cumplimiento de los designios superiores e inexcrutables de Dios; y todo, también las actividades humanas, conducen al mayor bien de la Iglesia."

El Espíritu Divino, a partir de Pen-

tecostés, anima a la Iglesia en vista de renovar constantemente su juventud. El poeta Claudel ha comparado el catolicismo a un hombre en camino: un pie firmemente apoyado en el suelo y el otro proyectado en adelante. El que camina está siempre en un equilibrio inestable; el que está parado tiene una posición más estable, pero no avanza. Lo que a nosotros puede parecer resquebrajamiento de la fe, hendiduras irreparables de la unidad de la Iglesia, un día comprenderemos que no eran en realidad sino una maduración angustiosa y una violenta provocación del Señor a reanudar la marcha después de una parada demasiado larga que nos había herido el corazón y la mente.

El Concilio ha roto los viejos moldes y ha lanzado a la Iglesia dentro de la efervescencia que agita al mundo en transformación. Muchos fieles, y bastantes clérigos, han sido desorientados por ciertas rupturas con el pasado operadas por el Vaticano II, por la puesta en discusión de certezas y usos considerados intangibles. Es que les resulta difícil distinguir lo que en la Iglesia está vinculado a la tradición inmutable y lo que procede de tradiciones humanas y sociológicas también seculares, pero marginales y adventicias a la fe. La fidelidad a la Iglesia es, por ciertas personas, sólo una fidelidad a la rutina: la historia eclesíástica está llena de protestas y de refunfuños. Al inaugurar su flamante catedral (siglo XV), los canónigos de Cahors (Francia) hicieron inscribir en el dintel de la puerta del coro esta leyenda, que aún puede leerse: "Nove, nove, iterum nove, nove"; como quien dijera: "¡Novedades, novedades, siempre novedades!" Aquellos prelados, a lo mejor, estaban molestos por el cambio de alguna rúbrica de su antifonario. Bueno, hay también muchos que sufren del defecto contrario: querrían cambiarlo todo, abandonar todo lo que se ha recibido, partir de cero; y eso sin discriminación, sin gradualidad, sin preparación previa de la feligresía, con la máxima precipitación. Francamente, no sé cuál de las dos posiciones es la más peligrosa.

Ha habido siempre tensiones en la Iglesia, a partir de los tiempos de Pedro y Pablo: había cristianos que preferían el conservadurismo de Santiago el Menor, pegado a una concepción judaizante de la nueva religión, al progresismo revolucionario de Pablo, al que temían más que el finado Santo Oficio recelase de Bernardo Häring, Karl Rahner y E. Schilleebekx asociados. San Pedro, que osciló un tiempo entre las dos tendencias, acabó por obedecer el mandato del Maestro, o sea de "confirmar a sus hermanos", y proclamó solemnemente la ortodoxia de la doctrina paulina. (II Petr., 15-16) Y se acabó. Cuando San Lucas recuerda el pequeño rebaño de Jerusa-

lén, donde todos tenían "una sola fe y un solo corazón", quizá esté añorando un período feliz, pero de corta duración; el cuadro que nos ofrece en las páginas siguientes de los Hechos me lo hace pensar.

Y siempre ha sido así en el largo y accidentado camino de la Iglesia. ¿Nos hemos olvidado de las disputas y diferencias acerca de los principios fundamentales de la religión que se verificaron entre los primeros Concilios y las polémicas formidables de los grandes Padres de la Iglesia tanto latina como oriental? ¿Y quién se acuerda del escándalo que se armó cuando Santo Tomás de Aquino puso como armazón de su teología escolástica el sistema de Aristóteles, un pagano, filtrado a través de los árabes de España, unos herejes? Mediante un "syllabus" de 218 proposiciones le intentaron un proceso de tendencias, acusándole de "expresiones equívocas para los sencillos" (¡como si los sencillos pudiesen leer y entender la Summa!) y fue condenado en 1277 con un proceso sumario que indignó a los mismos adversarios del gran Maestro dominico. Pero Juan XXII los rehabilitaba y canonizaba 46 años después, y desde entonces la del Doctor Angélico sigue siendo la teología oficial de la Iglesia católica.

¿Acaso no hubo desazón y críticas cuando la Corte Romana se trasladó a Aviñón y se quedó allí por casi un siglo? ¿Y pasamos por alto el Gran Cisma de Occidente, cuando Papas, antipapas y Concilios se excomulgaban furiosamente entre sí y por algunas décadas la Iglesia estuvo dilacerada y dividida? La confusión llegó a tal punto que algunos santos entre los más ilustrados no estuvieron en el bando de los Papas legítimos, sino de alguno de los antipapas. ¿Y qué decir, en este mismo siglo, de la protesta formal y solemne que el Episcopado francés elevó contra el decreto de San Pío X que rebajaba a los siete años la edad en que los párvulos podían acercarse a Jesús Eucaristía? "Dejad que los niños vengan a Mí...". No, Señor; contestaron con unanimidad los Pastores de Francia; y se resistieron tres años antes de acatar las disposiciones de su Vicario. Hoy en día esto nos extraña y nos hace sonreír, ¿verdad? ¿Para qué, pues, dramatizar ciertas resistencias a las "novedades" en la Iglesia de hoy? Acaso nuestros nietos se extrañarán y sonreirán compasivamente de nosotros.

Pase lo que pase, dos certezas no deben abandonarnos nunca: Dios ha escogido una vez para siempre quedarse con nosotros, a pesar de nuestras fallas, y nuestro camino tiene un sentido, a pesar de sus desviaciones y rodeos: el Reino que se va construyendo lenta pero ineluctablemente.